

Se pretende aclarar una alusión no solamente explicándola directamente, sino también repitiéndola, haciéndola exhaustiva, insistiendo demasiado en ella. Y una alusión aclarada se desvirtúa, deja de ser una alusión y hace que se pierda la fuerza subterránea que pueda tener la narración. Por lo tanto, si además de bautizar a un personaje con el nombre de Leonardo Quijano (dato que le basta a cualquier lector atento para establecer los nexos caracteriales insinuados) se insiste una y otra vez en la mención del nombre de pila de don Quijote, el efecto inicial de clave, de alusión, se dispersa para convertirse en mero artificio superficial.

Aunque García Aguilar no cae siempre en este tipo de explicaciones excesivas (no lo hace, por ejemplo, con el título o con algunas citas de Valencia), cuando cae lo hace en momentos particularmente importantes de su libro. Es el caso, entre otros, de la historia de la profanación —mediante coito en el templo— que cometen la ninfa y el protagonista. Hay descripciones acertadas, motivaciones ocultas del acto, que están bien insinuadas. Pero luego el narrador se cree en la obligación de explicar, de etiquetar este amor en la catedral. No se contenta ni se contenta con dejar solos a los hechos para que el lector los entienda e interprete a partir de su exquisita crudeza. No, como los lectores somos bobos, nos tiene que decir que eso es sacrílego, irreverente, inusitado.

Lo mismo pasa con el episodio en que Leonardo, hastiado de derrotas y fracasos, empieza a orinar en los sitios más insólitos. Las palabras de la escueta narración bastarían a buenos entendedores. Pero el escritor es fácil de lengua y nos explica:

[...] era como si así se orinara en todo el mundo, orinara en los curas, en los fundistas, en los revolucionarios, en los burócratas, en las viejas, en todos [...]

Es así como el escritor caldense convierte en fiascos sus mejores aciertos. Hay que saber narrar, y el autor de *Tierra de leones* muchas veces demuestra que sabe hacerlo. Pero tan importante como contar es aprender



a callarse, a no contar más de la cuenta. Más de la cuenta: tal vez allí está la clave del fracaso de esta novela que pudo haber sido buena. Tiene partes excelentes que se dañan porque al creador se le va la mano, excede en explicaciones, o en furor esperpéntico, o en el fárrago barroco de las descripciones gratuitas. Hay un plan que parece ir bien, pero que luego se desmorona por ambición exagerada. Hay historias bonitas, bien amalgamadas, que pierden cohesión porque el narrador no logra contenerse y añade más acciones, demasiadas, a las que ya no les encontramos los hilos que las unen con el resto de la trama y parecen más bien superposiciones arbitrarias de cuentos diferentes.

A pesar de los lunares, esta novela deja en pie la esperanza de que el joven novelista llegue a ser un escritor de gran calidad. Por encima de las caídas evidentes, hay muchos hallazgos verbales igualmente patentes. Hay en el escritor, sin duda, una capacidad fabulatoria que no debería desaprovechar. Creo que a él podría aplicarse la frase de uno de sus personajes:

*Ni el ejército más impresionante de mariguanos, después de fumarse un morro como éste de esa yerba, igualaría siquiera el más pálido e inocuo de mis sueños.* [pág. 72].

Pero esta capacidad fabulatoria, esta riqueza inventiva, tendrá que

unirse a la lucidez creativa. Y García Aguilar puede extraer esta lucidez de su tenaz y brillante ejercicio crítico. Hace tiempo que sigo sus artículos en *Sábado*, el conocido suplemento mexicano. El García Aguilar que allí se revela desconoce la piedad (y en eso, aquí, lo imito). Que saque de esa vena crítica la fuerza para restarle ingenuidad a sus creaciones de ficción. Así podremos apostarle doble a su futuro literario.

HECTOR ABAD

## Al revés el derecho

### Tierra de leones

Eduardo García Aguilar.

Editorial Leega, México, 1986, 126 págs.

Con la más disimulada desfachatez, Eduardo García Aguilar llega y lo pone todo al revés. Lo que es decir, al derecho, ya que en nuestro país todo está patasarriba. *Tierra de leones* es su primera novela, en la cual trabajó por varios años hasta llegar a darle ese tono desinteresado, que hace acompañar de una auténtica frase modernista, convirtiendo así la narrativa en una sátira temible. Nos da el escritor el debido grotesco de una sociedad infestada de alimañas hambrientas de poder y —válgame— de renombre. Quijano, hijo pródigo de la ciudad más linda de los Andes (el autor es de Manizales), vuelve a su pueblo después de años de peregrinación por Europa y América, para encontrar toda esa grandiosidad artificial de los años del café (como la de Manaos en la época del caucho) en ruinas. Jura reconstruir “la gloria” de su ciudad y se queda el tiempo necesario para terminar, como era de esperarse, loco de remate. Con este argumento, el joven autor narra la historia de una ciudad que, perdidos sus principios, viaja a la deriva, acompañada por una naturaleza feraz y unos personajes tan diminutos como

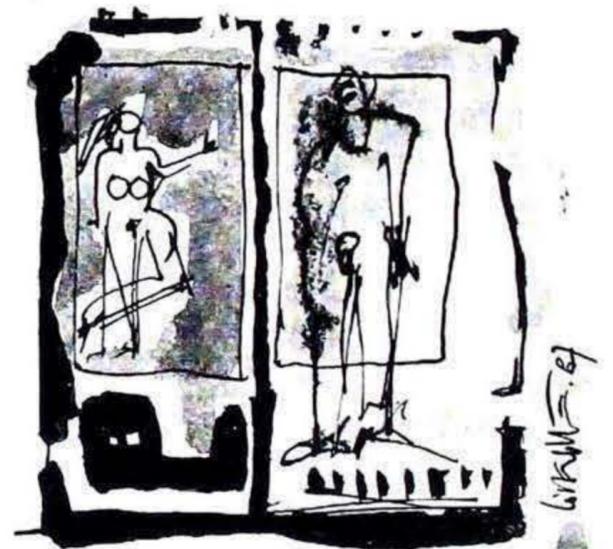
inmensas son las montañas en que descansa peligrosamente la urbe. Personajes éstos feroces, y cómicos, si no fueran tan verdaderos y tan abundantes por toda la historia y geografía de occidente. En el momento en que el protagonista entra a formar parte de la administración municipal, nos encontramos con la estrambótica oratoria del gobernador, "de pura estirpe grecolatina", según el alto dignatario; la inclemencia de la viuda influyente, cuya idea principal es mantener a la población ignorante, católica y pobre; la monjita que cría niñas huérfanas para después emplearlas de sirvientas en las casas ricas o aventárselas a viejos desdentados que pagan con pedazos de tierra o a los adolescentes onanistas que se gestan en el seno de las buenas familias; los revolucionarios que, carcomidos por el cliché, la mediocridad y las ansias de reconocimiento, destruyen todo como ni siquiera el más estancado de los cerebros oficiales podría efectuarlo. Ya por aquí el título del libro se ha vuelto jirones. Pero me parece que la superioridad de esta novela reside en el hecho de que su autor, desde ningún punto de vista, busca deslumbrar turistas, como lo hicieron no pocos de sus antecesores inmediatos en este difícil trabajo de la literatura. Por el contrario, aunque escrito en un lenguaje bello y rico, de tradición colombiana y que inclusive rinde homenaje a Rubén Darío y al modernismo en general, con su sarcasmo incisivo, el libro es un ataque lapidario a la oficina de turismo, que siempre nos anda pintando como si nuestra América fuera un lugar de diversión, un inmenso balneario para ir a pasar vacaciones bajo un sol brillante, a gozar de unas semanas rodeado de bailarinas semidesnudas, servirles a los visitantes de los países "civilizados" sin oponerse a que hagan el basurero que siempre dejan al regresar tostados a sus oficinas computadorizadas y hediondas en sus avanzadísimas ciudades polucionadas. La palabra *torvo* es una constante en el libro —no es éste un mundo feliz, exótico, paradisiaco—. Haciendo equilibrio en lo alto de los Andes, la ciudad alberga unos personajes muy similares a los mismos aburridos de la

vida que, si en la ciudad más bella de los Andes finales beben su desgracia, en el interior de Estados Unidos, estarían viendo ridiculeces televisadas para matar su tedio. Aquí no hay aborígenes ni buen salvaje: la ciudad y sus gentes sufren de los mismos males —aburrimiento, egoísmo, odio— que sufren los habitantes de los países desarrollados. Y no hay nostalgia en querer atravesarse a todo este desastre que ha surgido en la ciudad compañera de volcanes y cumbres nevadas. No hay aquí eso de "todo tiempo pasado fue mejor". Lavándose las manos y dejando que la situación sea tomada por un temblor de tierra, el autor nos muestra con humor despiadado la destrucción de la catedral, símbolo de una mística esclavitud pasada, de la que aún quedan vestigios por todas partes.

El personaje principal, después de muchos encontronazos con la realidad que lo apabulla, como les pasa a muchos ingenuos, se libra sardónicamente entrando en la locura. Nunca antes había visto tanta ternura como al final de esta novela por parte de su autor hacia aquellos que la sociedad califica de locos. Hay una comprensión y una inteligencia en el trato de este personaje que ha decidido abandonarlo todo sabiamente después de su lección bien aprendida; es esto una paliza más a esa sociedad reseca de ideales que se nos presenta en la novela. Sólo esa persona evasiva que fue amante del personaje, y que ahora, como todos aquellos que no se amoldan a tradicionales papeles, ha tenido que llegar a la prostitución, puede elucidar y decirle a Quijano: "No estás loco, antes lo estabas pero ya no". Tras la paliza que la sociedad brinda al Quijano soñador, tras una época de acusadora y bella "demenia" en la que publica su hojita *El Diablo*, tras rulfiana conversación con sus padres muertos y él mismo de niño, llega la calma, regresa el amor y el Quijano pletórico de experiencia, con su ninfa de otros tiempos, abandona ese mundo civilizado y por ende bestial, que al fin y al cabo termina saliéndose con la sucia y pequeña suya. Trastocando todos los valores establecidos, con voces, unas bellas, otras terribles, que he querido no

citar para así dejar al lector la sorpresa del deleite, Eduardo García Aguilar nos brinda su primera novela sin ninguna concesión ni gratuidad. Ese no buscar el impacto comercial, ese rehusar mentir y amoldarse al cliché que de nosotros los latinoamericanos han creado las mentes perezosas en los países avanzados es lo que hace de *Tierra de leones* un capítulo aparte en la literatura. Es este un libro que con toda la fuerza de la narrativa moderna nos muestra la grave situación en los altos Andes, nos describe la belleza prisionera de la región, y que reta a quien se atreva a estultamente pisotear su ya deplorable estado.

SILVIO MARTINEZ PALAU.



## Tradición de maestros

En diciembre llegaban las brisas.

Marvel Moreno.

Plaza y Janés, Barcelona, 1987, 283 págs.

Esta ambiciosa novela de la barranquillera Marvel Moreno contiene casos y cosas suficientes para llenar tres libros. De hecho, está compuesta de tres partes, separadas y bien definidas, con unidad y coherencia cada una, pero que al sumarse no se integran en una totalidad argumental.

Hay, sí, totalidad de ambiente, de estilo, de tema: la vida de la clase alta de Barranquilla en el período 1940-